

Hegemonía y movimientos sociales. Gramsci y Laclau dialogan con Tarrow y Tilly.

Igor Alzueta Galar.

Cita:

Igor Alzueta Galar (2019). *Hegemonía y movimientos sociales. Gramsci y Laclau dialogan con Tarrow y Tilly. XXXII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Lima.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-030/903>



Hegemonía y movimientos sociales. Gramsci y Laclau dialogan con Tarrow y Tilly

Igor Alzueta Galar¹

Resumen

La pregunta que se plantea esta investigación es cuál es la capacidad de los movimientos sociales para la creación de un nuevo paradigma o discurso hegemónico. A partir de aquí y siguiendo las contribuciones de diversos autores se hará una propuesta teórica para explicar hasta qué punto la hegemonía entra en conflicto si y sólo sí cuando hay un quiebre en la estabilidad. Todo ello en los movimientos del 15-M en España y el movimiento por la educación en Chile en 2011.

A continuación, se presenta la tensión al interior de la ecuación: ¿Quiebre hegemónico o Revolución Pasiva? La capacidad que los movimientos sociales tienen para empujar rupturas hegemónicas, o si, por el contrario, estos movimientos y sus debates acaban siendo incorporados por los discursos dominantes.

Por formar parte de un proyecto de tesis doctoral en desarrollo, la pretensión de este ejercicio es exponer algunos de los avances alcanzados hasta la fecha.

Palabras clave

Hegemonía, movimientos sociales, discurso, paradigma.

Introducción

Los años recientes se han visto marcados por profundos movimientos telúricos en lo que a lo social y económico se refiere. La crisis económica de 2008 que afectaba a los países del centro en la economía-mundo hacía saltar por los aires la tensa calma en la que se vivía en éstos. Todavía resuenan las palabras del entonces presidente francés Nicolas Sarkozy en 2008 afirmando que era necesario refundar el capitalismo². Según esta misma teoría del sistema mundo, lo que ocurre en términos políticos en los países del centro, tiene su correlato en la periferia. En ese sentido, a pesar de que la crisis golpeó de manera más directa a países con economías avanzadas, la ola de protestas se extendió por todo el globo. Esto, por supuesto, ha marcado el proceso vital y la construcción identitaria, ideológica y política de una generación, permeándola a nuevos discursos y relatos emergentes. El impacto ha sido tal que todos los actores, incluso los inamovibles partidos tradicionales, han mutado en forma y/o fondo de alguna manera, incorporando fórmulas que hasta la aparición de estas protestas parecían poco menos



que revolucionarias. Sobre estas transformaciones en los actores sociales, tales como movimientos sociales, partidos políticos, del mundo del asociacionismo o incluso del sector privado, se evidencia el enorme remesón que para estos modelos de sociedad ha supuesto el acontecer de los últimos años. La sociedad ha dado un paso más en una dirección desconocida. En ese sentido, y como ya se expuso de manera fragmentaria con antelación, la investigación va a dar respuesta a: ¿Tienen los movimientos sociales capacidad de generar quiebres en los sistemas hegemónicos actuales?

Fundamentación

La maquinaria neoliberal no solo ha sido capaz de destruir todo tipo de alternativa situándose como único horizonte posible para cualquier sociedad, si no que ha instalado una serie de mecanismos de control y reproducción que lo llevan a vencer y convencer. Hace unos meses –estas líneas se escriben en mayo de 2019– el periodista español Bob Pop hacía una intervención en el programa Late motiv de Andreu Buenafuente. En ella exponía como el gran triunfo del modelo era crear jornadas de trabajo extensas y extenuantes impidiendo a los sectores asalariados la posibilidad de acudir al mercado a comprar a pequeños comerciantes. De tal forma que solo les fuera posible comparar en una gran superficie a las diez menos cinco confrontando al guardia de seguridad, otro asalariado, por no permitirle acceder al recinto a falta de cinco minutos para cerrar el local. Mecanismos de control que se expresan mediante la fractura de los vínculos sociales y políticos y del quiebre de las lealtades de clase, pero siempre como expone Foucault, desde la libertad. El conflicto se lleva a los iguales –los asalariados– y se aleja de los diferentes –las clases–. El neoliberalismo ha sido capaz de quebrar, de romperlo todo, absolutamente todo, tal y como recriminaba en sesión plenaria Axel Kicillof a la bancada macrista, representante de estas posturas en el parlamento de Argentina un 28 de octubre de 2018. Comenzando por los consensos, acuerdos y lealtades más básicas de los sectores subalternos con sus partidos, sus sindicatos y los tejidos comunitarios y vecinales. Ahora el barrio es una sumatoria de individualidades, y la calle, como acostumbra a expresar Ruben Lasheras, el espacio que separa el trabajo de la casa, únicos lugares en los que el asalariado moderno desarrolla su vida. Iñigo Errejón en más una ocasión reflexiona a propósito de que el gran desafío de nuestra época es reconstruir lo comunitario. En una entrevista con el medio chileno The Clinic (2018) lo expresa:

El neoliberalismo ha destruido a la comunidad, ha destruido el sentimiento de pertenencia. Las fuerzas liberales han fragmentado las sociedades, las han privado de



tradiciones comunitarias, han roto las estructuras de solidaridad y de protección mutua contra el futuro. Ha quedado el sálvese quien pueda, el individualismo feroz y una especie de angustia existencial permanente en sociedades que la gente no sabe lo que es, a qué pertenece. (s/n)

Gramsci (2015) decía que "La crisis consiste precisamente en que muere lo viejo sin que pueda nacer lo nuevo, y en ese interregno ocurren los más diversos fenómenos morbosos" (p. 281). Aunque hayan transcurrido cien años de ésta, y del momento histórico en que el pensador sardo lo planteara, el mundo parece presentarse ante esta encrucijada. De nuevo, el papel de la ciencia social a la hora de pensarse a sí misma, pero también la realidad que la rodea, va a ser una de las variables más importantes para no repetir los errores del pasado siglo apostando por generar cambios sustanciales en la vida de las personas y en sus formas de vida. Este ejercicio pretende interpelar a cada una de las disciplinas de lo social.

Metodología

El proyecto en su totalidad contemplará, como tesis doctoral en su conjunto, un ejercicio metodológico doble:

Trabajo Hermenéutico-analítico: se realizará un profundo trabajo de lectura de textos a partir del cual se generará una aproximación y familiarización con los conceptos, teorías y autores detallados en el apartado bibliográfico. El desarrollo metodológico-hermenéutico permitirá realizar el ejercicio para interpretar los textos dentro del contexto socio-histórico de su tiempo.

Trabajo empírico: este se realizará desde la perspectiva cualitativa con entrevistas semiestructuradas a informantes clave perteneciente a los movimientos sociales considerados en el proyecto.

Ambas dimensiones metodológicas no se contemplan de forma aislada, sino que dialogan para mostrar la complejidad del fenómeno que nos ocupa.

El desarrollo de las entrevistas es el punto sobre el que articular el vínculo entre el cuerpo teórico y el cuerpo práctico, que, teniendo claridad sobre la unidad de estas dos aristas, exigen mimetizarse en un hecho concreto: los relatos de los informantes clave.

Es por ello que las entrevistas jugarán un papel importante, pues permitirán, a través del análisis el discurso, corroborar o refutar la hipótesis enunciada.



Para esta presentación se expondrán tan solo algunos de los avances llevados a cabo hasta la fecha asociados al trabajo hermenéutico de lectura e interpretación de los textos.

Resultados y discusión

Algunas pinceladas desde lo trabajado.

¿Fractura del bloque histórico, crisis orgánica, crisis de legitimidad?

Son lógicas las distancias históricas, políticas y sociales entre Chile y España. No por ello, todo el bloque occidental, desde la caída del muro de Berlín ha ido sufriendo una suerte de mimetización, de asimilación en sus formas de dirección/seducción a través de sistemas sociales de carácter liberal, debilitando el rol protector del Estado y una creciente individualización. Pero también en las fórmulas de resistencia u ataque a través de los movimientos sociales. La rearticulación de los bloques progresistas, la eclosión de una nueva izquierda política y popular-democrática, etc. En este caso, para ambos escenarios, tanto el de dirección hegemónica como el de resistencias subalternas sucede lo que Tarrow (1997) y Tilly (2009) denominan “repertorio modular”, que vendría siendo la posibilidad de expansión de métodos exitosos de operar y accionar más allá de las fronteras nacionales en un ejercicio de compartir aprendizajes y experiencias. Comenzando por aclarar que el terreno de la disputa estaba definido y reglado: competencia electoral en contextos de pensamiento único, estrechando los márgenes de político y posible. Cualquier disidencia era aplastada por el peso de los consensos, del fin de la historia y las ideologías de Fukuyama. En ese sentido y como ya se comentó existe una simetría en los recorridos de las lógicas “hegemónicas” y las “contrahegemónicas” ya que para ambos casos se generaría ese modularidad como expresión de aprendizajes cruzados en las fórmulas e instrumentos, en los recorridos y relatos, siempre matizados a partir de particularidades históricas, sociales y políticas de cada latitud. Es posible, muy brevemente, repasar los procesos de neoliberalización de los Estados tanto en Latinoamérica como en Europa. La secuencia comienza con una descapitalización de estos servicios, externalizando recursos, precarizando contratos y reduciendo plantilla. En paralelo se promueve política y legislativamente el surgimiento en el espacio privado de servicios similares que van ganando notoriedad a medida que la asfixia en recursos de lo público va generando malestar, demoras y malas atenciones en este servicio. Esta hoja de ruta ha sido utilizada a ambos lados del atlántico, y ha sido argumento en varios países para debilitar derechos sociales colectivos. En la Comunidad de Madrid, en España, se llevó a cabo con la educación y la salud, en



Argentina también con la educación, y en Chile con todas ellas –la diferencia con Chile es que en este país el proceso resultó en dictadura, sin posibilidad formal para la discusión o confrontación–. Como se señalaba, del otro lado, en el campo de las fuerzas contrahegemónicas ocurre algo parecido, pues las formas de resistencia o de presión también se extienden. Además del movimiento social como instrumento que contempla las características comunes descritas por Tilly (2009) de campañas, repertorio y manifestaciones de WUNC, figuran instrumentos comunes como la “funa” chilena –por poner un ejemplo–, que es similar al escrache argentino y que fuera utilizado por la Plataforma de Afectados por la Hipoteca en España durante los años que continuaron al movimiento indignado. La globalización ha permitido a las diferentes formas de resistencia aprender y compartir experiencias: el zapatismo hace estallar la hipótesis Fukuyama, y cuatro años más tarde Hugo Chávez abre un proceso de gobiernos progresistas en Latinoamérica que se extiende como mancha de aceite –o de crudo– a Brasil, Ecuador, Argentina, Bolivia, etc, y que tras veinte años en el gobierno lucha por sobrevivir. Mancha de aceite que tras la crisis de 2008 llega a Europa y Estados Unidos en forma de 15-M, Occupy Wall Street o a Chile con la explosión definitiva del movimiento por la educación nacido en 2006, todo ello en el año 2011. Ese año se abrieron un ciclo de protestas que, como expresara el mismo Tarrow (1997) contempla un proceso de expansión que de consolidarse podrían desembocar en reformas o incluso revoluciones.

Hegemonía, hegemonía expansiva y revolución pasiva.

Gramsci (2009) desarrolló una serie de conceptos que pueden aportar claridad al respecto y que permiten desentrañar elementos centrales en la comprensión de estas claves. Un concepto fundamental es el que hace alusión al Grupo social dirigente y que el pensador sardo denomina Bloque Histórico. Este está compuesto por una amalgama amplia de actores con diferentes roles que permite construir un relato de universalidad que baña e impregna a los grupos subalternos, generando a través de ello “una unidad entre la naturaleza y el espíritu, unidad de los contrarios y de distintos” (p.88). Permite, a través de intelectuales tradicionales –concepto que en Gramsci señala a los pensadores próximos a la ideología tradicional– superar la división entre económica y política, construyendo un trenzado ético-moral que permite la conexión entre todas ellas haciéndolas parecer inseparables y lógicas. Es este grupo social construido políticamente como sujeto político en tensión permanente pero uniforme, el que a través de fórmulas que van desde la filosofía hasta el folklore constituyen una argamasa



llamada hegemonía. Para Gramsci (2015) ese concreto infranqueable es la capacidad del grupo dirigente para generar

la unidad intelectual y moral, planteando todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha no ya en el plano corporativo, sino en el plano “universal”, y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados. (p.370)

Por lo tanto, cuando se habla de este concepto no se hace en una lógica de sumatoria, de yuxtaposición de subjetividades y descontentos, si no en un plano de articulación, que es algo completamente diferente. La primera –la yuxtaposición– sería una asociación cuantitativa de diferentes pareceres, mientras que la segunda es la construcción de algo nuevo. Diferente a la agregación de cada una de ellas, pues implica que el ejercicio de articulación y encuentro genera una transformación cualitativa de cada uno de ellos para hacer emerger algo nuevo, un actor social colectivo que actúe en bloque, como bloque histórico.

Para Gramsci, el Estado como aparato represivo –concepto asociado a Althusser– tan solo es una avanzadilla, una trinchera más en la defensa de un sistema hegemónico concreto. Esta –la hegemonía– encontrará en las organizaciones de la sociedad civil el sustrato central para su reproducción, pues como se señalaba anteriormente, la hegemonía es un instrumento eminentemente ideológico y valórico. Precisamente que la pervivencia del bloque histórico y su modelo de sociedad se base en la violencia y no en la seducción es la muestra inequívoca de la crisis de legitimidad –concepto que se desarrollará próximamente–, y, por lo tanto, de un momento no hegemónico. Para explicar esta diferencia, el pensador sardo (2009) hace uso de una analogía de Maquívelo cuando hace uso del centauro, mitad humana –consenso– mita animal –fuerza–, para explicar la diferencia entre hegemonía y dominación.

Otro de los conceptos fundamentales que trabajó el filósofo italiano (2009) que apoyarán la argumentación posterior fue el de “oriente y occidente” no tanto en términos geográficos sino políticos. Los Estados orientales eran aquellos que se sostenían en Estados fuertes coercitivamente ya que carecían de una sociedad civil organizada. Frente a ello, occidente contaba con fuerzas de la sociedad civil robustas e instaladas capaces de cumplir su rol hegemónico.

En Oriente el Estado lo era todo, la sociedad civil era primordial y gelatina; en Occidente, entre el Estado y la sociedad civil había una justa relación y en el temblor del Estado se discernía en seguida una robusta estructura de la sociedad civil. El Estado no



era más que una trinchera avanzada, detrás de la cual había una robusta cadena de fortalezas y casamatas; esto variaba de Estado a Estado, naturalmente, pero por ello se requería un cuidadoso reconocimiento de carácter nacional. (P. 163-164)

Finalmente, una última acepción es la de guerra de posiciones frente a guerra de movimientos. Estos dos conceptos son la traslación de la tensión “oriente-occidente” a la arena política. La guerra de movimientos es aplicable a los estados orientales, en los que tomar por asalto los espacios clave es suficiente para hacerse con el control del Estado. Frente a ello la guerra de posiciones o maniobra es una guerra lenta, de desgaste, y es extrapolable a los estados occidentales, en los que existe una sociedad civil desarrollada. En *La política y el Estado moderno* (2009) queda reflejado de la siguiente manera:

La guerra de movimiento es cada vez más guerra de posición y se puede decir que un Estado gana una guerra en la medida en que la prepara minuciosa y técnicamente en tiempo de paz. La estructura masiva de las democracias modernas, ya sea como organizaciones estatales, ya sea como complejo de asociaciones en la vida civil, construyen para el arte político algo así como las “trincheras” y las fortificaciones permanentes del frente en la guerra de posiciones; reducen a elemento “parcial” únicamente el elemento del movimiento que antes constituía “toda” la guerra, etc. (p. 186)

La metáfora que Gramsci utiliza para referirse a la Guerra de movimientos le permite reflejar el proceso de toma del poder en el proceso bolchevique. Gramsci considera que esta misma fórmula no tiene sentido en los Estados occidentales por la presencia de esos otros actores del ámbito privado en torno a las que gravita y se sostienen los consensos que dan forma a la hegemonía. Y se podría afirmar, precisamente, que el proceso de maduración y consolidación de “estados occidentales” en el sentido gramsciano del término ha ido consolidándose con el tiempo. A su vez permitiría entrever porqué durante el proceso conflictual vivido al alero de la crisis de 2008, de la que ya se habló, no se produjo una explosión social en un contexto de debilidad de las élites, del bloque histórico, siendo que existían los dos elementos fundamentales: una crisis de legitimidad de los grupos dirigentes, una ventana de oportunidad política y en el otro extremo fuerzas sociales, movimientos, que interpelaba a la estructura.

Estos movimientos señalados previamente pretendieron aprovechar ventanas de oportunidad política, en palabras de Tarrow, crisis de legitimidad en Gramsci, asociadas



a problemas económicos, de representatividad y de conducción de las élites en un intento por fracturar alguna de las aristas de los sistemas sociales vigentes.

Tarrow (1997) definirá la oportunidad política como:

Dimensiones consistentes —aunque no necesariamente formales, permanentes o nacionales— del entorno político, que fomentan o desincentivan la acción colectiva entre la gente. El concepto de oportunidad política pone el énfasis en los recursos exteriores al grupo —al contrario que el dinero o el poder—, que pueden ser explotados incluso por luchadores débiles o desorganizados. Los movimientos sociales se forman cuando ciudadanos corrientes, a veces animados por líderes, responden a cambios en las oportunidades que reducen los costes de la acción colectiva, descubren aliados potenciales y muestran en qué son vulnerables las élites y las autoridades. (P.49)

Por su parte, Gramsci (2015) dirá de la crisis de autoridad que

“si la clase dominante ha perdido el consentimiento, es decir, ya no es más “dirigente”, sino solo “dominante”, detentadora de la mera fuerza coactiva, ello significa que las grandes masas se han desprendido de las ideologías tradicionales, no creen ya en aquello en lo cual creían antes” (p. 281)

Resulta oportuno detenerse por un momento en este punto, pues pareciera que crisis de legitimidad u oportunidad política es sinónimo de cambio en un sentido progresista. De las definiciones expuestas anteriormente se podría concluir que el mero hecho de adentrarse en un escenario de este tipo decantaría, per se, en una síntesis de transformación progresista. Nada más alejado de la realidad. Este interregno permite instalar en el debate público una serie de discursos y propuestas, y por tanto unos horizontes de lo posible hasta entonces imposibles e invisibles. Altera las correlaciones de fuerza, las alianzas, así como la unidad del bloque histórico y del bloque alternativo que pretende sustituirlo. Pero, muy a pesar de ello, no es sinónimo inequívoco de “hegemonía expansiva” como expresión gramsciana de ampliación de lo posible y transformación sustancial. Puede darse también un escenario de “revolución pasiva” o “revolución restauración” en un sentido opuesto al anterior, que permite una rearticulación política e ideológica del bloque histórico dirigente, pues como expresa Tarrow (1997) estos movimientos y momentos, crean también oportunidades para las élites.

En ese sentido, tomando a Mouffe (1991), es posible comprender ambos conceptos, revolución pasiva/hegemonía expansiva, de la siguiente forma:



A diferencia de la revolución pasiva, que excluye del sistema hegemónico a amplios sectores sociales de las clases populares, en la hegemonía expansiva el conjunto de la sociedad progresa. [...] En efecto, si definimos hegemonía como la capacidad de una clase para articular a sus intereses los de otros grupos sociales, entonces veremos que esto puede hacerse en dos sentidos muy distintos; pueden articularse los intereses de estos grupos en tal forma que se los neutralice evitando así el desarrollo de sus reivindicaciones específicas, o pueden articularse en forma tal que promueve su pleno desarrollo y conduzca a la solución final de las contradicciones que ellos expresan. (p.192-193)

Por supuesto, la primera de las definiciones hace alusión a revolución pasiva, y la segunda a revolución expansiva.

Movimiento social y contrahegemonía.

En cualquier caso, antes de continuar con la exposición a propósito de claves que se presentan como importantes en la investigación, es necesario partir por problematizar y comprender la otra cara del fenómeno –movimiento social y contrahegemonía, como una relación compleja–. En ese sentido es de recibo aportar algo de luz a propósito de estos dos.

Comenzando por el primero de ellos, el movimiento social comprende en palabras de Tilly (1979) en González Calleja (2002):

Una serie continua de interacciones entre los titulares nacionales del poder y personas que reclaman con éxito hablar en nombre de unos electores carentes de representación formal, en el curso de las cuales esas personas hacen públicas demandas de cambio en la distribución o en el ejercicio del poder, y apoyan esas demandas con manifestaciones públicas de apoyo. (P.148)

Esta definición, como se puede apreciar, se encuentra íntimamente a lo político como proceso electoral y presenta a los movimientos sociales como espacio de representación informal para aquellos sujetos individuales y colectivos que buscan alcanzar cambios. A pesar de que es un ejercicio de aproximación interesante, deja fuera de foco aquellos movimientos que pretenden generar presión, instalar propuestas o hacer oposición no solo desde la institucionalidad, sino que también a través de otras fórmulas. Quizá la propuesta de Tarrow (1997) sea más próxima, pues sin focalizarse en actores concretos, sí construye una articulación inclusiva entre diversas figuras fundamentales.



Desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las élites, los oponentes y las autoridades. Esta definición tiene cuatro propiedades empíricas: desafío colectivo, objetivos comunes, solidaridad e interacción mantenida. (P.21)

En paralelo a ello, y contando con esta definición del concepto, las características del movimiento social que expone Tilly y Woods (2009), permiten consolidar una estructura para la acción robusta.

El movimiento social fue el resultado de la síntesis innovadora y trascendental de tres elementos:

1. *Un esfuerzo público, organizado y sostenido por trasladar a las autoridades pertinentes las reivindicaciones colectivas (Lo que denominaremos campaña).*
2. *El uso combinado de algunas de las siguientes formas de acción política: creación de coaliciones y asociaciones con un fin específico, reuniones públicas [...] (Denominaremos a este conjunto de variable de actuaciones: repertorio del movimiento social).*
3. *Manifestaciones públicas y concertadas de WUNC de los participantes: valor, unidad, número y compromiso, tanto de los actores como de su circunscripción (lo denominaremos demostraciones de WUNC). (P.22)*
- 4.

Esta vertebración que pone el foco en tres elementos asociados a la forma, los instrumentos y unas categorías transversales, permite comprender la complejidad por dar una estructura unívoca, común, para una realidad diversa que debe responder a las condiciones en las que se define un conflicto más que a su propia teorización. Con esto se pretende expresar lo que se señalaba vagamente líneas más arriba, el movimiento social como una forma de unidad sin unanimidad, de aprendizajes cruzados respetando las particularidades de cada realidad. Tilly y Wood (2009) lo expresan a la perfección cuando refieren a las experiencias del S. XIX en Francia, Bélgica, Reino Unido y EEUU.

En primer lugar, unas instantáneas tan sucintas como estas nos permiten apreciar hasta qué punto incluso las actividades más insignificantes del movimiento social decimonónico se inspiraban en la cultura local y regional: canciones, eslóganes, símbolos. [...] En cuanto a la convergencia que se produjo en esos cuatro países entre las asociaciones con un fin específico, las concentraciones públicas y las manifestaciones, se observan a lo largo del tiempo unas diferencias que enmarcan las campañas de reivindicaciones las actuaciones del movimiento social y las



demostraciones de WUNC en sus contextos inmediatos, lo que las hizo comprensibles para el público local. La modularidad no equivale a una uniformidad perfecta. (p. 112)

La posibilidad de integración entre concepto y método a partir de las definiciones expuestas previamente hacen posible comenzar a generar una trenza teórica que vincule al movimiento social con lo contrahegemónico. En ese sentido, es necesario recordar que, si por hegemonía se comprendía a la capacidad de una clase, grupo social o particular por proyectarse como universal, como la capacidad de ciertos grupos por construir un proyecto ético-político, intelectual y moral que bañe al conjunto de la sociedad, el ejercicio contrahegemónico debe ir en un sentido opuesto, de disputa y confrontación con ese proyecto de sociedad, así como con los actores que permiten su consolidación y reproducción. Por lo tanto, es una disputa cultural y política.

Hidalgo (2010) en Miriam Fonseca (2014) expone una definición de contrahegemonía afirmando que se trataría de una

Conciencia política autónoma en las diversas clases populares; paso de los intereses particulares hacia un interés general y bloque social alternativo; superación de la perspectiva economicista y uniclasista en el proyecto político; incorporar perspectiva intercultural, añadiendo que la construcción de la contrahegemonía implica la articulación entre movimientos sociales, intelectualidad crítica y proceso político (p.267)

Lo interesante de esta definición, y de ahí que sea rescatada, es que a partir de ella se desprenden varios conceptos centrales para Gramsci y en paralelo, fundamentales también para la construcción epistemológica y metodológica del movimiento social contrahegemónico. Se puede comprender en ella además de bloque histórico –ya definido–, al menos dos: catarsis, y como apéndice de esta, intelectual orgánico –que por supuesto, está en oposición al intelectual tradicional que antes se expuso– como pensador surgido del grupo subalterno que reflexiona y participa en una dirección contrahegemónica. Catarsis hace referencia a ese tránsito de los grupos sociales subalternos de la conciencia económica particular a la de universal, condición inequívoca para constituirse como sujeto político con vocación de grupo dirigente. Gramsci (1986) lo expresa diciendo que es el “paso del momento meramente económico (o egoísta-pasional) al momento ético-político, o sea la elaboración superior de la estructura en superestructura en la conciencia de los hombres” (P.142)

Desde aquí se puede dar el salto definitivo al cierre. Habiendo generado una reconstrucción de conceptos clave para comprender el fenómeno del movimiento social y la hegemonía, es posible generar alguna la conclusión.



Revolución democrática o transformismo.

Es en estos escenarios de alteración de la normalidad liberal desde los que emergen los movimientos sociales. Tilly y Woods (2009) señalan que los movimientos sociales se fortalecen conforme se profundizan los sistemas democráticos, existiendo un vínculo indisoluble entre democracia –liberal– y movimiento social pues fue este modelo el que consolidó los derechos de reunión, asociación y expresión. Aquí hay un concepto elaborado y trabajado por Mouffe (2015) que sin duda puede hacer la bisagra entre ese contexto de democracia liberal de la que habla Tilly y la propuesta desde la que se podría producir un escenario de ruptura democrática. A este concepto la autora lo ha llamado democracia agonista, y lo define en los siguientes términos:

Consiste en la idea del enfrentamiento de varios proyectos alternativos; los que van a diferir dependiendo del tipo de interpretación que se dé a lo que yo he llamado los ‘principios ético-políticos’: uno puede tener de ellos una interpretación neoliberal, o socialdemócrata o una interpretación radical democrática. (p. 271)

Rescatando el concepto trabajado con antelación, la oportunidad política es eso, una posibilidad con múltiples escenarios de resolución y un final incierto. Si como expresa Laclau y Mouffe (1987) (2015), los movimientos sociales son capaces de construir “una voluntad colectiva que es trabajosamente construida a partir de una variedad de puntos disímiles” sería posible dar lugar a la generación de un proceso de revolución democrática o democracia radical que suponga “el desplazamiento equivalente entre distintas posiciones de sujeto” que permita el tránsito de unas relaciones de subordinación existentes no problematizadas hacia otras de opresión. Esto implica según el mismo autor (1987) un proceso de articulación política como respuesta a esa subordinación, traduciéndose en la ampliación del imaginario democrático. El escenario último, como lo expresan (1987), implica la consolidación de un nuevo sujeto histórico que se convierta en grupo social dirigente emergente a través de su práctica hegemónica. Esto conlleva la modificación de su propia naturaleza e identidad y a partir de ahí deviene en Estado. Lo novedoso y rupturista de esta propuesta con respecto de la teoría leninista es que no hay una toma de poder, sino un devenir, una transustanciación al estilo católico, en el que un grupo social subalterno muta en dirigente y el Estado tan solo transita en el mismo sentido.

En dirección opuesta, existen resoluciones conflictuales diferentes. Para Gramsci (1999), puede producirse un fenómeno de revolución pasiva y transformismo en la que se produce un proceso de



Absorción gradual, pero continua y obtenida con métodos diversos en su eficacia, de los elementos activos surgidos de los grupos aliados e incluso de los adversarios y que parecían irreconciliablemente enemigos. En este sentido la dirección política se convirtió en un aspecto de la función de dominio, en cuanto que la absorción de las élites de los grupos enemigos conduce a la decapitación de éstos y a su aniquilamiento durante un periodo a menudo muy largo. (p. 387)

En ese sentido la ventana de oportunidad se cerraría en un sentido conservador, con una revolución-restauración del orden previo a la crisis de legitimidad. Estos escenarios implican una derrota en términos políticos de los movimientos sociales, los fracturan y fagocitan. Anula la resistencia incorporando algunas de las figuras protagónicas.

La resolución de estos procesos en muchos casos responde a factores exógenos y endógenos por igual. Es fundamental para el movimiento generar el proceso de catarsis entre los aliados al mismo con el fin de constituirse en un actor político homogéneo. Pero, por supuesto, con esto no es suficiente, pues los grupos dirigentes en su respuesta pueden accionar diferentes estrategias para la anulación –negociación o negación y represión– que acaban por fracturar esa unidad y al movimiento.

La hipótesis que se mantiene en esta investigación van en esta línea tanto para el movimiento por la educación en Chile como para el 15-M en España.

Notas

Trabajador Social, Máster en Trabajo Social y Doctor (c) en Ciencia política por la Universidad de Barcelona y en Teoría Crítica y Sociedad Actual por la UNAB (Chile). Docente en Universidad Academia de Humanismo Cristiano (Chile) y estudiante patrocinado en COES Chile. Contacto ialzuega21@alumnes.ub.edu

² Sarkozy propone refundar sobre bases éticas el capitalismo. https://elpais.com/diario/2008/09/26/internacional/1222380007_850215.html

Bibliografía

Basaure, M. y Mouffe, Ch. (2015). Entrevista: Democracia radical y antagonismo. En Camargo, R., Cuevas, H. y Del Valle, N. (Eds.). *Revista pléyade*. Número 16. pp. 261-276

Fernandez, P. (2018, 24 de octubre). *Lo más radical que pueden hacer las fuerzas transformadoras es construir normalidad*. The clinic. Recuperado de www.theclinic.cl/2018/10/24/inigo-errejon-lo-mas-radical-que-pueden-hacer-las-fuerzas-transformadoras-es-construir-normalidad/



Fonseca López, M. (2014). La ciudadanía en los movimientos contrahegemónicos: una aproximación desde el sur. *Intersticios: revista sociológica de pensamiento crítico*. Vol 8. pp.263-276

González Calleja, E. (2002). *La violencia en la política. Perspectivas teóricas en el empleo deliberado de la fuerza en los conflictos de poder*. Madrid, España: CSIC

Gramsci, A. (2009). *La política y el Estado moderno*. Madrid, España: Diario Público.

Gramsci, A. (2015). *Antología Gramsci. Selección, traducción y notas de Manuel Sacritán*. Madrid, España: Akal.

Gramsci, A. (1999). *Cuadernos de la cárcel. Tomo 5*. México D.F., México: Ediciones Era.

Gramsci, A. (1986). *Cuadernos de la cárcel. Tomo 4*. México D.F., México: Ediciones Era.

Laclau, E. y Mouffe, Ch. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista*. Hacia una radicalización de la democracia. Madrid, España: Siglo XXI.

Mouffe, Ch. (1991). *Hegemonía e ideología en Gramsci*. En Suárez, H (Ed). Gramsci y la realidad colombiana (167-227). Bogotá, Colombia: Ediciones Foro Nacional por Colombia.

Tarrow, S. (1997). El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política. Madrid, España: Alianza Editorial.

Tilly, Ch. y Woods, L. (2009). *Los movimientos sociales, 1789-2008. De sus orígenes a Facebook*. Barcelona, España: Crítica.